



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



La Eucaristía, Fuente, Centro y Cumbre de la Vida Cristiana

¿Por qué es tan importante nuestra forma de pensar y vivir la Eucaristía? La respuesta que podemos dar, aunque humilde e incompleta, sigue siendo la que los mártires de Abitene sellaron en el siglo IV con su propia sangre, cuando se opusieron a las prescripciones del emperador Diocleciano explicando que, si no se reunían para celebrar la Eucaristía, simplemente no podrían existir. "Sine dominico non possumus". Es decir: sin la celebración del misterio pascual accesible en la Cena del Señor, es imposible imaginar la supervivencia y el florecimiento de la existencia cristiana.

Esto es precisamente lo que les recuerda a ustedes, parejas, el padre Henri Caffarel, quien deriva la comprensión del significado de vuestro matrimonio de la toma de conciencia del impacto que el sacramento de la Eucaristía tiene en vuestras vidas. Para entender el matrimonio cristiano a fondo, es necesario partir de la Eucaristía, que proporciona su arquitectura y le sirve de fuente y modelo efectivo. Estas son las palabras del padre Caffarel: "Marido y mujer, ustedes que comen la carne de Cristo, que beben su sangre, que viven en su alma y en su cuerpo de la vida de Cristo, que permanecen en Él y Él en ustedes, ¿cómo podrían no amarse con un amor diferente al de los demás hombres, con un amor resucitado? ¿Pueden mirarse el uno al otro, compartir sus dolores y alegrías, entregarse el uno al otro con todo el corazón, con todo el cuerpo, ayudándose mutuamente durante toda la vida, sin tener la percepción de que están viviendo un grandísimo misterio?". El "grandísimo misterio" del matrimonio requiere, por tanto, ser comprendido en continuidad con el misterio eucarístico, ya que los esposos viven en su alma y en su cuerpo "de la vida de Cristo", permanecen en Cristo, y Cristo en ellos. Por eso las parejas cristianas están llamadas a reconocer que sin la Eucaristía no pueden vivir, como ha subrayado el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* donde afirma que "el alimento de la Eucaristía es fuerza y estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial" (n. 318).

¿Quién podría afrontar el camino sin la fuerza que le da el alimento? ¿Quién podría avanzar en su camino si le faltaran el impulso y el estímulo que constituyen el motor de la marcha misma? Cuando, el pasado mayo, el Santo Padre recibió a los responsables de los Equipos de Nuestra Señora, tuvo palabras muy claras: "Hoy se piensa que el éxito de un matrimonio depende solo de la fuerza de voluntad de las personas. No es así. Si fuera así, sería un peso, un yugo puesto sobre los hombros de dos pobres criaturas. El matrimonio, en cambio, es un 'paso a tres', en el que la presencia de Cristo entre los esposos hace posible el camino, y el yugo se transforma en un juego de miradas: mirada entre los dos esposos, mirada entre los esposos y Cristo".

Si pensamos en esta circulación de miradas, entenderemos cómo la Eucaristía es una experiencia de amor real, y cercana a lo que vivimos. De este modo nos sumergiremos en profundidad en este sacramento que el Concilio Vaticano II dice ser "fuente y cumbre de toda la vida cristiana" (LG 11), y describe como el lugar en el que "está contenido todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua, [...] el pan vivo que [...] da vida" (PO 5).

Participantes en el misterio de Cristo

En la Última Cena, Jesús anticipa su inminente Pascua pidiendo a los discípulos que la lean y la vivan como un sacrificio de alianza. La alianza es Jesús en persona (Lc 22,20; 1 Cor 11,24). En sus palabras y gestos hay una intensidad mesiánica que transforma la muerte anunciada en una verdadera ofrenda, en fuente de vida, y que sella una inequívoca llamada a la comunión con él.

Ciertamente podemos preguntarnos cómo es posible compartir un evento tan radicalmente personal, tan ardientemente comunicable como la muerte. "La muerte es una flor que solo florece una vez",



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



recuerdan los conocidos versos de Paul Celan. Pero lo que se propone a los discípulos en el misterio de la Eucaristía es disponerse a compartir esa experiencia de amor. Y como garantiza el apóstol Pablo, "si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él" (Rm 6,8). Así, en la donación de sí mismo, Cristo mismo siempre nos revitaliza, nos recrea y reconstruye.

En la Eucaristía se nos abre la posibilidad de participar místicamente en lo que Cristo es. Jesús se hizo hombre para que el hombre, a través de su muerte y resurrección, participara en lo que Cristo es. Y esto se percibe más claramente "al partir el pan", como testifican los discípulos de Emaús. La Eucaristía nos permite finalmente entender: es la instancia hermenéutica por excelencia. Emaús nos enseña que nuestros ojos están cerrados hasta llegar al "partir el pan". Este descubrimiento del alcance soteriológico de la figura de Cristo representa, para cada discípulo y discípula de Jesús, el punto de partida y el horizonte de una existencia renovada. La Eucaristía se convierte para nosotros en el lugar donde saborear la salvación. Esa transformación decisiva del Ser Humano a la que aspiraban los rituales de la antigua alianza sin lograr garantizarla u operarla de una vez por todas, está ahora asegurada por el sacrificio integral de la vida de Cristo, ofrecida "una vez para siempre" (Heb 10,10).

Jesús se ofreció al Padre, con un acto de amor único, para un destinatario diferente de sí mismo: los hermanos. La vida de Jesús se convierte en una siembra de existencias que aprenden a trascenderse y a considerarse como don, como amor interactivo hecho de gratuidad y oblación. Modelada sobre la existencia de Jesús, la vida cristiana está así llamada a profundizarse y ampliarse. No permanecemos los mismos. En cada Eucaristía nos descubrimos desafiados a salir de nosotros mismos y a buscar en Cristo el alimento que sacia.

Es así que, fundada en Cristo, su principio y fundamento perenne, la Iglesia no se considera dependiente de él solo esporádicamente o ligada a él sociológicamente, como en una relación externa. La Iglesia proviene de Cristo de manera absolutamente fuerte, determinante e íntima. La Eucaristía demuestra que es extraída del costado abierto de Cristo (cf. Jn 19,34) así como del costado del Adán dormido el Creador extrajo a Eva; y su naturaleza se basa en el misterio de la persona de Jesucristo y de su memoria salvífica. La comunidad en cada Eucaristía proclama: "Por Cristo, con Cristo, en Cristo". Es de este modo que la Iglesia vive: vive de y para su Señor. Está llamada en todo tiempo a volverse hacia Cristo, a convertirse a él con todo el corazón.

La vida completamente entregada de Jesús se convierte en la extraordinaria posibilidad de vida para la Iglesia y, a través de ella, para el mundo. Y esta afirmación se aplica tanto a la Iglesia en su conjunto, como cuerpo místico de Cristo, como a cada Iglesia doméstica - la Iglesia que ustedes, queridos esposos, representan.

Tomad y comed todos de él

"Tomad y comed todos de él: esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros". Quizás sería importante meditar sobre el significado antropológico de estas palabras. Porque no pocas veces se oye decir, incluso entre los cristianos, que la Eucaristía es un ritual difícil, demasiado repetitivo, con el que nos cuesta establecer una relación permanente y afectiva. Hemos cultivado el hambre de tantas cosas secundarias y luego a veces hemos dejado atrás el hambre, la necesidad de Eucaristía. Probemos, por ejemplo, a meditar sobre el verbo "comer" y cómo nos ha acompañado siempre. Tan antiguo, tan necesario, tan presente, tan rico en significado para nuestra vida. La relación con el mundo la inauguramos con nuestra boca. Fue la primera forma de comunicación, la primera forma de



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



inserción en esta historia y también la primera forma de amor. Pensemos en el verbo "comer" y en cuánto hemos aprendido de lo que este verbo representa a lo largo de toda nuestra vida. Pensemos en la cantidad y calidad de las comidas que hemos tomado en nuestra vida y en cómo, sin ellas, nuestra vida no sería la que es, o simplemente no sería en absoluto. En familia lo sabemos bien. Porque hay dimensiones fundamentales de la vida, de la vida biológica pero también de la espiritual, de la vida como proyecto de existencia, que de hecho nos llegan gracias al verbo "comer".

Comer no es solo tragar. Comer es capacidad de incorporar, capacidad de rumiar y metabolizar el mundo, de hacer una nueva síntesis, de construirse. No es solo tragar bocados de realidad externa que así pasan a nuestro mundo interno, es también un proceso de transformación. Y para nosotros los humanos, el verbo "comer" tiene además una característica particular: incluso cuando lo hacemos solos, comer es siempre un acto de relación, un acto, si queremos, social. Una comida es una acción comunitaria porque en nuestro horizonte siempre presupone al otro. En realidad, nos sentamos a la mesa porque nos nutrimos los unos de los otros, porque necesitamos interiorizar la presencia de los unos y los otros, su palabra, rostro, afecto. Y esta silenciosa coreografía se convierte para nosotros en un verdadero alimento sin el cual no existiríamos.

Cuando Jesús decía "mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida" (Jn 6,55), sabía bien que con su gesto de amor estaba a punto de convertirse en alimento de vida para sus discípulos. Cuando afirma "el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día", Jesús lanza un desafío. Nos está invitando: "Comed la Vida que yo soy. Nutríos de la Vida divina que yo represento, incorporad mi Vida, mi Carne y mi Sangre".

Construidos y generados por la Eucaristía

Nos reunimos alrededor de la mesa eucarística para nutrirnos de Cristo. Es por esto que la Iglesia nace y renace alrededor del altar y los cristianos no pueden vivir sin la Eucaristía. "Este es el pan bajado del cielo; no es como el que comieron los padres y murieron. El que come este pan vivirá" (Jn 6,50).

Decir que el pan es pan... es algo banal. Jesús va más allá, recordando que el pan es don, don de sí mismo, entrega de uno mismo, deseo de que el otro viva. El pan no fue inventado solo porque alguien tenía hambre y encontró una solución provisional a su problema, ¡no! El pan fue inventado por alguien que quería que los demás vivieran. El verdadero alimento que nutre es inseparable del deseo de que el otro viva, ¡del deseo de que tú seas, de que puedas subsistir en plenitud! Y Jesús lo dice no solo en referencia a un pan material, sino refiriéndose a su propio Cuerpo.

Este es el testimonio que Cristo nos da hasta el fin de los tiempos. Y si él quiso que su memoria fuera celebrada en la repetición de su Última Cena y en el recuerdo de estas sus palabras, es para que nosotros podamos tener una medida y un modelo para relacionarnos los unos con los otros. En cada Eucaristía nos reunimos para celebrar el don sacrificial que Jesús hace de sí mismo, la transformación de la vida en alimento, de su propia carne en comida. La pregunta es si luego, de manera similar a





TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Jesús y a lo que él ha hecho por nosotros, también nuestra vida se convierte en alimento para los demás.

En la mesa Jesús nos da la gran prueba de amor, pero también la gran lección. La Eucaristía es una lección. Una lección real y persistente. Vamos a la Eucaristía para aprender de Jesús cómo hacer, y todos necesitamos madurar para hacer de nuestros días, de nuestro tener y nuestro saber un don que nutre. Porque sabemos que en la alforja el pan puede volverse duro. Puede morir sin haber cumplido su misión. Si el pan no se pone en la mesa y se sirve, se pierde. El pan que no se ofrece inmediatamente pronto se convierte en un desperdicio. Y también nuestra vida puede perderse. Por eso la palabra del Evangelio es: quien quiera ganar la vida debe donarse, debe entregarse (Cf Mt 16,25). No es automático. Podemos vivir una vida entera sin que nuestro cuerpo sea alimento para alguien. Podemos vivir en el egoísmo, subyugados por esa dictadura de la indiferencia de la que habla el Papa Francisco, hundidos en una zona de confort que hace nuestra vida impermeable. Nadie viene a nuestro encuentro porque vivimos en una cápsula, protegiéndonos de todo y de todos. Cuando nos comportamos así, nuestra vida no se convierte en alimento para nadie. Y en el fondo experimentamos una total extrañeza a Jesús, similar a la de los escribas que se preguntaban: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" (Jn 6,52). Y nosotros, ¿sabemos o no cómo se puede dar la propia carne para comer?

Todas las vidas entran en la imagen cotidiana del pan que se parte y se divide. Porque la vida es algo sembrado, crecido, madurado, recogido, triturado, amasado: es como el pan. Porque no nos limitamos a degustar y consumir el mundo: vamos percibiendo dentro de nosotros que por su parte también el mundo, el tiempo, nos consume, nos desgasta, nos devora. Por razones buenas o malas que sean, nadie queda entero. Somos masa que se parte, miga que se desmenuza, espesor que disminuye, alimento que se distribuye. La cuestión está en saber con qué conciencia, con qué sentido, vivimos este ciclo inevitable. Todos nos consumimos, es verdad. Pero ¿en qué asuntos nos consumimos? Todos sentimos que la vida se parte y se divide. Pero ¿cómo hacer de este hecho trágico una forma de afirmación fecunda y plena de la vida misma? Para nosotros los cristianos, la Eucaristía es el lugar vital de la decisión sobre qué hacer con la vida. Porque todas las vidas son pan, sí, pero no todas están "eucaristificadas", es decir, configuradas en Cristo y asumidas, en su seguimiento, como entrega radical de sí, como don, don vivo, como servicio de amor incondicional. Todas las vidas conocen un fin, pero no todas llegan hasta el final del parto de esa condición crística que llevan impresa en sí. En el encuentro con el movimiento, el Papa Francisco evocó la historia de una pareja que había conocido: "Una vez, en una Audiencia general, había una pareja, casados desde hacía 60 años, ella tenía 18 cuando se casó y él 21. Tenían por tanto 78 y 81 años. Y yo les pregunté: '¿Y ahora, seguís amándoos?'. Y ellos se miraron y luego vinieron a mí, con lágrimas en los ojos: '¡Todavía nos amamos!'". Es de cosas como estas de las que la Eucaristía nos habla cuando nos recuerda la petición de Jesús: "Haced esto en memoria mía" (1 Cor 11,24).

La Eucaristía es la fuente, el centro y la cumbre de nuestra vida. Un cristiano no tiene, bien pensado, programa diferente de este. No por nada insistían tanto los primeros teólogos del cristianismo: "Los cristianos que van a la Eucaristía se vuelven eucaristizados". Asumen, es decir, la misión de convertirse en presencias eucarísticas en el mundo. Podemos decir, en efecto, que cada uno de nosotros es una consecuencia de esta comida. Somos contruidos y generados por la Eucaristía. Porque es de la persistencia de este gesto, de este evento, de esta memoria (que no es solo memoria del pasado, sino



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



que es presente y futuro), es de la perseverancia en esta anamnesis de Jesús que somos verdaderamente generados y recreados en el Espíritu de Jesús. Nuestra vida debe dialogar con la doble mesa eucarística, hecha de Palabra y hecha del Cuerpo y Sangre del Señor. Para quien quiera ver, ella no cesa de abrirnos un horizonte y un futuro. La mesa de la Eucaristía nos hace ser por anticipado lo que aún no somos. Nos hace saborear la plenitud que vamos buscando. Esta mesa es una máquina para hacer hermanos. Es una máquina para disolver las desigualdades, una artesanía de comunión donde los muros, las asimetrías, las distancias son todas vencidas. Escribe san Pablo a los Corintios: "Siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan" (1 Cor 10,17).

Como no podríamos entender nada de la mesa si la redujéramos a una realidad física, así no captaríamos la profundidad vital de la Eucaristía si la miráramos solo como una realidad ritual. Como la mesa es la concretización del cuidado fundamental de la existencia, así es la Eucaristía. Ambas, cada una a su manera, expresan una respuesta positiva a las necesidades más elementales de la vida y también a aquellas que nuestro corazón, sediento de amor, expresa. En la Eucaristía comprendemos que somos amados. El evangelista Juan lo explicita con estas palabras: "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). Efectivamente podemos oír aquí resonar, dirigido a nosotros: "quiero que tú seas", "quiero que te sientas escuchado", "quiero que te deleites con sabores", "quiero para ti la plenitud". Y, como escribe san Pablo, que puedas comprender "cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento" (Ef 3,18-19). En la Eucaristía cada uno de nosotros está llamado a sentirse amadísimo: el Maestro y Señor lava nuestros pies, ¡y con qué cuidado los lava! Cura nuestras heridas, ¡y con qué amor las cicatriza! ¡Con qué premura y esperanza aquel Buen Samaritano que es Jesús nos pone en camino! "Aún hoy como buen samaritano viene junto a todo hombre herido en el cuerpo y en el espíritu y derrama sobre sus heridas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza". Por esto, con razón escuchamos en cada celebración eucarística: "Dichosos los invitados a la cena del Señor".

"¿Comprendéis lo que he hecho por vosotros?"

Es sabido cómo el Evangelio de Juan elige contar, de la Última Cena, el episodio del lavatorio de los pies. "Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido" (Jn 13,3-5). Él es el Maestro, y sin embargo, lavando los pies, se configura como siervo. Jesús testimonia una religión del servicio, del amor, de la disponibilidad a ser los últimos, de la capacidad de dar la vida y de la manera más concreta, de la manera más difícil, de la manera que más nos duele, que es arrastrarnos por tierra lavando los pies los unos a los otros, besando los pies los unos a los otros, ofreciéndonos a ser los últimos en la vida, los unos hacia los otros, potenciando a los otros y dándoles la vida. Y la pregunta que él hace a los Doce es la misma que hoy nos dirige a nosotros: "¿Comprendéis lo que he hecho por vosotros?" (Jn 13,12).

Es un lenguaje crudo, el de la Eucaristía, cuando nos manda comer la carne y beber la sangre de Jesús, pero lo peor que nos puede pasar es aprisionar la Eucaristía en una especie de ritual mágico



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



que no sabemos captar, sin claves para interpretar lo que ocurre ante nuestros ojos. Es necesario que nosotros los cristianos entendamos bien la Eucaristía: "Este pan no es solo pan, es mi cuerpo que ofrezco por vosotros; y este vino no es solo vino, este vino es mi vida que quiero entregar por vosotros". "¿Comprendéis lo que he hecho por vosotros?". Jesús quiere que comprendamos.

¿Y qué significa comprender la Eucaristía? Es comprender qué significa una vida donada. Significa comprender que cada uno de nosotros está llamado a dar su propia vida, a decir con los gestos, con la propia presencia, con el propio compromiso cotidiano de amor: "Esto que vivo no es solo una cosa, una cantidad de tiempo, un hecho; las que digo no son solo palabras. Esta que invierto es mi vida, vida que doy a imitación de Jesús". En el altar, junto a la ofrenda que Cristo hace de sí mismo ponemos nuestra ofrenda y nos comprometemos a ser alimento los unos para los otros.

Es maravilloso que Jesús haya elegido la comida como gran sacramento de su presencia entre nosotros, hasta el fin de los tiempos. Una mesa abierta donde el pan es ofrecido para todos y donde el vino, que es su sangre, es derramado por todos. ¿Habrá entendido la Eucaristía un cristiano que no parta de aquí para arriesgar, para transformar, para intentar algo diferente, para hacer el mundo distinto y mejor? ¿Podrá considerarse verdadera devoción eucarística una espiritualidad hecha de mantenimiento y rutina? La Eucaristía pide más a cada uno de nosotros. Nos pide ser... convertirnos en lo que somos. Nos pide atrevernos, creer. Jesús antes de la Pascua dice algo de gran importancia. Dice: "He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros" (Lc 22,15). La comida tiene que ver con el deseo. ¿Y cuál es nuestro deseo? Es decir, ¿cuál es nuestra hambre? ¿Qué es lo que queremos? ¿Qué nos llevamos de aquí? La Eucaristía no sirve para ponernos cómodos en un sillón: nos hace calzar sandalias de peregrinos. La Eucaristía es para mujeres y hombres que van a comprometerse en el mundo, inflamados por la caridad de Dios, con la audacia de construir modelos alternativos, llevando en el corazón la expectativa de "nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia" (2Pt 3,13).

El Padre Léon-Dufour S.J. recordaba a este propósito que la Eucaristía no es una evasión de la realidad, o un intermedio para encerrarnos en una burbuja, indiferentes al sufrimiento del mundo. Con razón decía: "La misa es esencialmente contestataria". El misterio de la Eucaristía es generativo. Hace levantar la realidad. Nos dota de una capacidad de reconfigurar, de rehacer, de reinventar, de llenar de "vino bueno", hasta el borde, las tinajas vacías, como en las bodas de Caná. Hablando a los Equipos de Nuestra Señora en 2003, el Papa San Juan Pablo II confiaba a los participantes este pensamiento incisivo: "Las diferentes fases de la liturgia eucarística invitan a los cónyuges a vivir su vida conyugal y familiar siguiendo el ejemplo de la de Cristo, que se entrega a los hombres por amor. Encontrarán en este sacramento la audacia necesaria para la acogida, el perdón, el diálogo y la comunión de los corazones. Será también una ayuda preciosa para afrontar las inevitables dificultades de cualquier vida familiar. Que los miembros de los Equipos sean los primeros testigos de la gracia que aporta una participación regular en la vida sacramental y en la Misa dominical".

Que María, quien en las bodas de Caná anticipó el destino eucarístico de Jesús, nos acompañe y ayude a configurar nuestra existencia alrededor de la Eucaristía.

Card. José Tolentino de Mendonça